

cian los enfermos que de allá vinieron, cómo no tenía gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ánimo de su pariente. Así que determinó enviar allá algunas naos con gente y armas y mucha quinquillería, pensando enriquecer por rescates y poblar por fuerza. Rogó á Baltasar Bermudez que fuese; y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveido, dejóle, diciendo que sería mas el gasto, de aquella manera, que no el provecho. Tenía poco estómago para gastar, siendo codicioso, y quería enviar armada á costa ajena, que así había hecho casi la de Grijalva; porque Francisco de Montejo puso un navío y mucho bastimento. Y Alonso Hernandez Portocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordas y otros muchos fueron á la costa con Joan de Grijalva. Habló á Fernando Cortés para que armase ambos á medias; porque tenía dos mil castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogóle que fuese con la flota, encaresciendo el viaje y negocio. Fernando Cortés, que tenía grande ánimo y deseos, aceptó la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no sería mucha la costa; así que se concertaron presto. Enviaron á Joan de Saucedo, que había venido con Albarado, á sacar una licencia de los frailes jerónimos, que gobernaban entonces, de poder ir á rescatar para los gastos, y á buscar á Joan de Grijalva, que sin ella no podía nadie rescatar, que es feriar mercería por oro y plata. Fray Luis de Figueroa, fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernaldino Manzanedo, que eran los gobernadores, dieron la licencia para Fernando Cortés, como capitán y armador, con Diego Velazquez, mandando que fuesen con él un tesorero y un veedor para procurar y tener el quinto del Rey, como era de costumbre. Entre tanto que venía la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés de aderezarse para la jornada. Habló á sus amigos y á otros muchos para ver si querían ir con él; y como halló trecientos que fuesen, compró una carabela y un bergantín para con la carabela que trajo Pedro de Albarado y otro bergantín de Diego Velazquez, y proveyólos de armas, artillería y municion. Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de bohonería en setecientos pesos de oro. Diego Velazquez le dió mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narvaez, que tenía en poder por su ausencia, diciendo que no tenía blanca suya; y dió á muchos soldados que iban en la flota dineros, con obligacion de mancomun ó fianzas. Y capitularon ambos lo que cada uno había de hacer, ante Alonso de Escalante, escribano público y real, y 23 días de octubre del año de 48. Volvió á Cuba Joan de Grijalva en aquella mesma sazón, y hubo con su venida mudanza en Diego Velazquez, ca ni quiso gastar mas en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que la acabara de armar. Las causas porque lo hizo, fueron querer enviar por sí á solas aquellas mesmas naos de Grijalva; ver el gasto de Cortés y el ánimo con que gastaba; pensar que se le alzaria, como había él hecho al almirante don Diego; oír y creer á Bermudez y á los Velazquez, que le decían no fiase dél, que era extremeño, mañoso, altivo, amador de honras, y

hombre que se vengaría en aquello de lo pasado. El Bermudez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalva traía, y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velazquez quisieran, como parientes, ser los capitanes y cabezas de la armada, aunque no eran para ello, segun dicen. Pensó tambien Diego Velazquez que aflojando él, cesaria Cortés; y como procedía en el negocio, echóle á Amador de Larez, persona muy principal, para que dejase la ida, pues Grijalva era vuelto, y que le pagarian lo gastado. Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velazquez, dijo á Larez que no dejaria de ir, siquiera por la vergüenza, ni apartaria compañía. Y si Diego Velazquez quería enviar á otro, armando por sí, que lo hiciese; ca él ya tenía licencia de los padres gobernadores; y así, habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, á ver si le seguirian y favoreserian. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó á buscar dineros; y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes, y de otros; con los cuales compró dos naos, seis caballos y muchos vestidos. Socorrió á muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó á ir con armas y mucha compañía; de que muchos murmuraban, diciendo que tenía estado sin señorío. Llegó en esto á Santiago Joan de Grijalva, y no le quiso ver Diego Velazquez, porque se vino de aquella rica tierra; y pesábale que Cortés fuese allí tan pujante; mas no le pudo estorbar la ida, porque todos le seguían, los que allí estaban, como los que venían con Grijalva; ca si lo tentara con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte, disimuló. Todavía mandó que no le diesen vituallas, segun muchos dicen. Cortés procuró de salir luego de allí. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalva, diciendo á los soldados que no habían de tener qué hacer con Diego Velazquez. Dijoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó á Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para pensar otro día en la carnicería, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago y para la pena de no dar carne á la ciudad. Y partióse de Santiago de Barucoá á 18 de noviembre, con mas de trecientos españoles, en seis navíos.

Los hombres y navíos que Cortés llevó á la conquista.

Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba y para la navegacion, que aun era incierta; y envió luego en saliendo á Pero Xarez Gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos á Jamáica, mandándole ir con los que comprase al cabo de Corrientes ó punta de Sant Anton, que es lo postrero de la isla hácia poniente; y él fué con los demás á Macaca. Compró allí trecientas cargas de pan y algunos puercos á Tamayo, que tenía la hacienda del Rey. Fué á la Trinidad, y compró un navío de Alonso Guillen, y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano. Estando allí tuvo aviso que Joan Nuñez Sedeño pasaba con un navío cargado de vituallas de vender á unas minas. Envió á Diego de Ordas

en una carabela bien armada, para que lo tomase y llevase á la punta de Sant Anton. Ordás fué á él y lo tomó en la canal de Jardines, y llevó á do le fué mandado. Y Sedeño y otros se vinieron á la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arrobas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas. Cortés les dió unas lazadas y otras piezas de oro en pago, y un conocimiento, por el cual fué Sedeño á la conquista. Recogió Cortés en la Trinidad cerca de docientos hombres de los de Grijalva, que estaban y vivían allí y en Mantanzas, Carenas y otros lugares. Y enviando los navíos delante, se fué con la gente por tierra á la Habana, que estaba poblada entonces á la parte del sur en la boca del rio Onicaxinal. No le quisieron vender allí ningun mantenimiento, por amor de Diego Velazquez, los vecinos; mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del Obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajas. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó á repartir la gente y comida por los navíos. Llegaron entonces con una carabela Pedro de Albarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Francisco de Montejo y otros muchos de la compañía de Grijalva, que fueran á hablar con Diego Velazquez. Iba entrellos un Garnica, con cartas de Diego Velazquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que ó iria él ó enviaria á comunicarle algunas cosas que convenían á entrambos; y otras para Diego de Ordás y para otros, donde les rogaba que prendiesen á Cortés. Ordás convidó á Cortés á un banquete en la carabela que llevaba en cargo, pensando llevarle con ella á Santiago; mas Cortés, entendida la trama, fingió al tiempo de la comida que le dolía el estómago, y no fué al convite; y porque no aconteciese algun motín, se entró en su nao. Hizo señal de recoger, como es de costumbre. Mandó que todos fuesen tras él á Sant Anton, donde todos llegaron presto y con bien. Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanigo, y halló quinientos y cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiólos en once compañías, y diólas á los capitanes Alonso de Avila, Alonso Fernandez Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Joan de Escalante, Joan Velazquez de Leon, Cristóbal de Olid y un Escobar. El, como general, tomó tambien una. Hizo tantos capitanes, porque los navíos eran otros once, para que tuviese cada uno dellos cargo de la gente y del navío. Nombró tambien por piloto mayor á Anton de Alaminos, que había ido con Francisco Hernandez de Córdoba y con Joan de Grijalva. Había tambien docientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias, y deciseis caballos y yeguas. Halló eso mesmo cinco mil tocinos y seis mil cargas de maíz, yuca y ajas. Es cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando. Muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres; gran cantidad de quinquillería, como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo; sa-

vos, capotes, calzones, caperuzas de paño; todo lo cual repartió en las naos. Era la nao capitana de cien toneladas; otras tres de ochenta y setenta; las demás pequeñas y sin cubierta, y bergantines. La bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y al rededor un letrado en latin, que romanizado dice: «Amigos, sigamos la cruz; y nos, si se tuviéremos en esta señal, vencerémos.» Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor, fué la flota que llevó á tierras extrañas que aun no sabia. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas vitorias ni sujetó tamaño imperio. Ningun dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias; que si por el sueldo lo hubiesen, á otras partes mas cerca irían. En las Indias cada uno pretende un estado ó grandes riquezas. Concertada pues y repartida (como habeis oido) toda la armada, hizo Cortés una breve plática á su gente, que fué de la substancia siguiente.

Oracion de Cortés á los soldados.

«Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por proprias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, mas se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo al que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas parésceme que cuanto della tengo menos, he acrescentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrescen. Mucho mayor provecho, segun en Dios espero, verná á nuestro rey y nacion desta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será á Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creais que pretendo della tanto la ganancia cuanto el honor; que los buenos mas quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará vitoria; y el tiempo traerá el fin, que de continuo sigue á todo lo que se hace y guía con razon y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra maña hemos de tener que Córdoba y Grijalva; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo vos propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisieredes

llevar la esperanza por virtud ó la virtud por esperanza; y si no me dejais, como no dejaré yo á vosotros ni á la ocasion, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los mas ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; más tales de ánimo, que ningun esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras á la nacion española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo.»

La entrada de Cortés en Acuzamil.

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiracion de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecia ir, no á guerra, sino á vitoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vió tiempo, hizose á la vela, habiendo primero oido misa y rogado á Dios le guiase aquella mañana, que fué á 18 del mes de hebrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redemptor del mundo. Estando en la mar, dió nombre á todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fué de san Pedro apóstol, su abogado. Avisólos que siempre tuviesen ojo á la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran farol para señal y guia del camino que tenían de hacer; el cual era casi leste oeste de la punta de Sant Anton, que es lo postrero de Cuba, para el cabo de Cotoche, que es la primera punta de Yucatan, donde habian de ir á dar derechos, para después seguir la tierra costa á costa entre norte y poniente. La primera noche que se partió Fernando Cortés y que comenzó de atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatan, y que tenia pocas mas de sesenta leguas, se levantó nordeste con recio temporal; el cual desrotó la flota; y así, se derramaron los navíos y corrió cada uno como mejor pudo. Y por la instruccion que llevaban los pilotos de la via que habian de hacer, navegaron, y fueron todos, salvo uno, á la isla de Acuzamil, aunque no fueron juntos ni á un tiempo. Las que mas tardaron fueron la capitana y otra en que iba por capitán Francisco de Morla, que ó por descuido y flojedad del timonero, ó por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevó un golpe de mar el gobernalle al navío de Morla; el cual, para dar á entender su necesidad, izó un farol desparramado. Cortés, como lo vió, arribó sobre él con la capitana; y entendida la necesidad y peligro, amainó y esperó hasta ser de dia, para conhortar los del aquel navío y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amanesció, ya la mar abonanzaba, y no andaba tan brava cómo la noche; y en siendo de dia miraron por el gobernalle, que andaba al rededor entre las dos naves. El capitán Morla se echó á la mar atado de una sogá, y á nado tomó el timon, y lo subieron y asentaron en su lugar como habia de estar; y luego alzaron velas. Navegaron aquel dia y otro sin llegar á tierra ni sin ver vela ninguna de la flota; mas luego á otro llegaron á la punta de las Mujeres, donde ha-

llaron algunos navíos. Mandóles Cortés que le siguiesen, y él enderezó la proa de su nao capitana á buscar los navíos que le faltaban hácia do el tiempo y viento lo habia podido echar; y así, fué á dar en Acuzamil. Halló allí los navíos que le faltaban, excepto uno, del cual no supieron en muchos dias. Los de la isla hobieron miedo; alzaron su hatillo y metiéronse al monte. Cortés hizo salir en tierra, á un pueblo que estaba cerca de donde habian surgido, cierto número de españoles; los cuales fueron al lugar, que era de cantería y buenos edificios, y no hallaron persona en él; mas hallaron en algunas casas ropa de algodón y ciertas joyas de oro. Entraron asimesmo en una torre alta y de piedra, y junto á la mar, pensando que hallarian dentro hombres y hacienda; mas ella no tenia sino dioses de barro y canto. Vueltos que fueron, dijeron á Cortés cómo habian visto muchos maizales y praderias, grandes colmenares y arboledas y frutales; y diéronle aquellas cosillas de oro y algodón que traian. Alegróse Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huido los de aquel pueblo, pues no lo habian hecho cuando allí vino Juan de Grijalva; y sospechó que por ser mas sus navíos que los del otro tenían mas miedo. Temió tambien no fuese ardid para tomalle en alguna zalagarda, y mandó sacar á tierra los caballos á dos efetos: para descubrir el campo con ellos, y pelear, si necesario fuese; y si no, para que paciesen y se refrescasen, pues habia donde. Tambien hizo desembarcar la gente, y envió muchos á buscar la isla; y ciertos dellos hallaron en lo muy espeso de un monte cuatro ó cinco mujeres con tres criaturas, que le trajeron. No entendia ni las entendian; pero por los ademanes y cosas que hacian conocieron cómo la una de las era señora de las otras, y madre de los niños. Cortés la halagó entonces; que lloraba su captiverio y el de sus hijos. Vistióla, como mejor pudo, á la manera de acá; dió á las criadas espejos y tijeras, y á los niños sendos dijes con que se holgasen. En lo demás tratóla honestamente. Tras esto, ya que queria enviar una de aquellas mozas á llamar al marido y señor para hablarle y que viese cuán bien tratados estaban sus hijos y mujer, llegaron ciertos isleños á ver lo que pasaba, por mandado del Calachuni, y á saber de la mujer. Dióles Cortés algunas cosillas de rescate para sí, y otras para el Calachuni, su señor. Tornólos á enviar para que le rogasen de su parte y de la mujer que viniese á verse con aquella gente, de quien sin causa huia; que él le prometia que ni persona ni casa de la isla recibiria daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El Calachuni, como entendió esto, y con el amor de los hijos y mujer, se vino luego otro dia con todos los hombres del lugar, en el cual estaban ya muchos españoles aposentados; mas no consintió que se saliesen de las casas, antes mandó que los repartiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allí adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El Calachuni habló á Cortés con grande humildad y cerimonias; y así, fué muy bien recebido y amorosamente tratado; y no solo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que españoles le querian hacer, mas aun por dádivas; y así, le dió á él y á otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate; las cuales, aunque entre nosotros son

de poco valor, ellos las estiman mucho y tienen en mas que al oro, tras que todos andaban. Allende desto, mandó Cortés que todo el oro y ropa que se habia tomado en el pueblo lo trujesen ante sí; y allí conoció cada isleño lo que suyo era, y se le volvió; de que no poco quedaron contentos y maravillados. Aquellos indios fueron, muy alegres y ricos con las cosillas de España, por toda la isla á mostrarlas á los otros, y á mandarles de parte del Calachuni que se tornasen á sus casas con sus hijos y mujeres seguramente y sin miedo, por cuanto aquella gente extranjera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno á su casa y pueblo, que tambien otros se habian ido como los deste, y poco á poco perdieron el miedo que á los españoles tenían. Y por esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveyeron abundantemente nuestro ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

Que los de Acuzamil dieron nuevas á Cortés de Jerónimo de Aguilar.

Como Cortés vió que estaban asegurados de su vida, y muy domésticos y serviciales, acordó de quitarles los ídolos, y darles la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y la imagen de su gloriosa Madre y virgen santa Maria; y para esto hablóles un dia por la lengua que llevaba, la cual era un Melchior que llevara Francisco Hernandez de Córdoba. Mas como era pescador, era rudo, ó mas de veras simple, y parecia que no sabia hablar ni responder. Todavía les dijo que les queria dar mejor ley y Dios de los que tenían. Respondieron que mucho enhorabuena. Y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces y imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devocion; y mientras allí estuvo no sacrificaron como solian. No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos ni naqs; y así, nunca paraban, sino ir y venir; y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban á tentarlos, y hacian señas con las manos hácia Yucatan, que estaban allá cinco ó seis hombres barbudos, muchos soles habia. Fernando Cortés, considerando cuánto le importaria tener buen faraute para entender y ser entendido, rogó al Calachuni le diese alguno que llevase una carta á los barbudos que decian. Mas él no halló quien quisiese ir allá con semejante recaudo, de miedo del que los tenia, que era gran señor y cruel; y tal, que sabiendo la embajada mandaria matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortés, halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada. Dióles algunas cosillas, y rogóles que fuesen con la carta. Los indios se excusaron mucho dello, que tenían por cierto que los matarian. Mas en fin, tanto pudieron ruegos y dádivas, que prometieron de ir. Y así, escribió luego una carta que en summa decia:

«Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y llegué aquí á Acuzamil, de donde os escribo esta carta. Los desta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco ó seis hombres barbudos y en todo á nosotros muy semejables. No me saben dar ni decir otras señas; mas por estas conjeturo y tengo por cierto que sois

españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen á descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis dias que recibiereis esta, os vengais para nosotros, sin poner otra dilacion ni excusa. Si viniereis todos, conocerémos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantin envío para en que vengais, y dos naos para seguridad.— Fernando Cortés.»

Escrita ya la carta, hallóse otro inconveniente para que no la llevasen; y era, que no sabian cómo llevarla encubiertamente para no ser vistos ni barruntados por espías, de que los indios temian. Entonces Cortés acordó que iria bien, envuelta en los cabellos de uno; y así, tomó al que parecia mas avisado y para mas que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, á la manera que se los atan ellos en la guerra ó fiestas, que es como trenzado en la frente. Del bergantin en que fueron estos indios iba capitán Joan de Escalante; de las naves Diego de Ordás, con cincuenta hombres para si menester fuese. Fueron estos navíos, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho dias, aunque les avisaron que no los esperarían sino seis, y como tardaban, cuidaron que los habrian muerto ó cativado, y tornáronse á Acuzamil sin ellos; de que mucho pesó á todos los españoles, en especial á Cortés, creyendo que no era verdad aquello de los de las barbas, y que terminaban falta de lengua. Entre tanto que todas estas cosas pasaban, se repararon los navíos del daño que habian recebido con el temporal pasado, y se pusieron á pique; y así, se partió la flota en llegando el bergantin y las dos naos.

Venida de Jerónimo de Aguilar á Fernando Cortés.

Mucho les pesaba, á lo que mostraron, la partida de los cristianos á los isleños, especial al Calachuni; y cierto á ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fué la flota á tomar la costa de Yucatan, á do es la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la disposicion de la tierra y la manera de la gente. Mas no le contentó. Otro dia siguiente, que fué Carnestolendas, oyeron misa en tierra, hablaron á los que vinieron á verlos, y embarcados, quisieron doblar la punta para ir á Cotoche, y tentar qué cosa era. Pero ante que la doblasen, tiró la nao en que iba el capitán Pedro de Albarado; en señal que corria peligro. Acudieron allá todos á ver qué cosa era; y como Cortés entendió que era un agua que con dos bombas no podian agotar, y que si no fuese tomando puerto, que no se podia remediar, tornóse á Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron luego á la mar muy alegres á saber qué querian ó qué se habian olvidado; y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron, y remediaron el navío. El sábado luego siguiente se embarcó la gente toda, salvo Fernando Cortés y otros cincuenta. Revolyó entonces el tiempo con grande viento y contrario; y así, no se partieron aquel dia. Duró aquella noche la furia del aire; mas amansó con el sol, y quedó la mar para poder embarcar y navegar; pero por ser el primer domingo de cuaresma, acordaron de oír misa y comer primero. Estando Cortés comiendo,

le dijeron cómo atravesaba una canoa á la vela, de Yucatan para la isla, y que venia derecha hácia do las naves estaban surtas. Salió él á mirar adónde iba; y como vió que se desviaba algo de la flota, dijo á Andrés de Tapia que fuese con algunos compañeros á ella, orilla del agua, encubiertos, hasta ver si salian los hombres á tierra; y si saliesen, que se los trajesen. La canoa tomó tierra tras una punta ó abrigo, y salieron della cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mujeres, y con muchas flechas y arcos en las manos; tres de los cuales hubieron miedo cuando vieron cerca de sí á los españoles, que habian arremetido á ellos para tomarlos, las espadas sacadas; y querian huir á la canoa. El otro se adelantó, hablando á sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen; y dijo luego en castellano: «Señores, ¿sois cristianos?» Respondieron que sí, y que eran españoles. Alegróse tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, ca tenia unas horas en que rezaba cada día. Rogóles que diesen gracias á Dios; y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oracion á Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacia en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nacion. Andrés de Tapia se allegó á él y le ayudó á levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los otros españoles. El dijo á los tres indios que le siguiesen, y vino con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde Cortés estaba; el cual le recibió muy bien, y le hizo vestir luego y dar lo que hubo menester; y con placer de tenerle en su poder, le preguntó su desdicha y cómo se llamaba. Él respondió alegremente delante de todos: «Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Écija, y perdíme desta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez Balboa, acompañé á Valdivia, que vino en una pequeña carabela á Santo Domingo, á dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y á traer veinte mil ducados del Rey, el año de 1514; y ya que llegamos á Jamáica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece ó catorce días, y al cabo echónos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol á esta tierra, á una provincia que dicen Maia. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y otros cuatro sacrificó á sus ídolos un malvado cacique, á cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato dellos á otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera á engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prision y echamos á huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquel, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó á morir. Despues acá he yo estado con Tax-

mar, que le sucedió. Poco á poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancan, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitan de Nachancan, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcas. Yo le envié la carta de vuestra merced, y á rogar que se viniese, pues habia tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos á fuer de aquella tierra y gente, ó por vicio de la mujer y amor de los hijos.» Gran temor y admiracion puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comian y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habian pasado; pero daban gracias á Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerle por faraute cierto y verdadero. Y certísimo les pareció milagro haber hecho agua la nao de Albarado, para que con aquella necesidad tornasen á la isla, donde, sobreviniendo contrario viento, fuesen constreñidos á estar hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fué la lengua y medio para hablar, entender y tener cierta noticia de la tierra por do entró y fué Fernando Cortés. Y por tanto, he yo querido ser tan largo en contar de la manera que se hubo, como punto notable desta historia. No dejaré de decir cómo enloquesció su madre de Jerónimo de Aguilar, cuando oyó que su hijo estaba captivo en poder de gente que comian hombres; y siempre de allí adelante daba voces en viendo carne asada ó espetada, gritando: «¡Desventurada de mí! este es mi hijo y mi bien.»

Cómo derribó Cortés los ídolos en Acuzamil.

Luego á otro día que Aguilar fué venido, tornó Cortés á hablar á los acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla, pues serian bien entendidas con tan fiel intérprete; y para confirmarlos en la veneracion de la cruz y apartarlos de la de los ídolos, considerando que aquel era el verdadero camino para mas áina dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y á la verdad, la guerra y la gente con armas es para quitar á estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura; porque con esto mas fácilmente y mas presto y mejor reciben, oyen y creen á los predicadores, y toman el Evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad; en que consiste la cristiandad y la fe. Así que Jerónimo de Aguilar les predicó aconsejándoles su salvacion; y con lo que les dijo, ó porque ya ellos habian comenzado, holgaron que les acabasen de derribar sus ídolos y dioses, y aun ellos mismos ayudaron á ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban. Y de presto no dejaron ídolo sano ni en pié nuestros españoles, y en cada capilla y altar ponian una cruz ó la imágen de nuestra Señora, á quien todos aquellos isleños adoraban con gran devocion y oraciones, y ponian su incienso, y ofrescian codornices y maíz y frutas, y las otras cosas que solian traer al templo por ofrenda. Y tanta devocion tomaron con la

imágen de nuestra Señora santa María, que salian después con ella á los navíos españoles que tocaban en la isla, diciendo «Cortés, Cortés», y cantando «María, María»; como hicieron á Alonso de Parada y á Pánfilo de Narvaez y á Cristóbal de Olid cuando pasaron por allí. Y aun allende desto, rogaron á Cortés que les dejase quien les enseñase cómo habian de creer y servir al Dios de los cristianos. Mas él no osó, de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes; en lo cual no acertó, pues de tan buena gana lo querian y pedian.

Acuzamil, isla.

Llaman los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumel. Joan de Grijalva, que fué el primer español que entró en ella, la nombró Santa Cruz, porque á 3 de mayo la vió. Tiene hasta diez leguas en largo y tres en ancho, aunque hay quien diga mas y quien diga menos. Está en veinte grados á esta parte de la Equinocial, ó poco menos, y cinco ó seis leguas de la punta de las Mujeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo, con la cubierta de paja ó rama, y aun alguna de lanchas de piedra. Los templos y torres de cal y canto, muy bien edificadas. Tiene poca agua, y aquella de pozos y llovizna. Calachuni es como decir cacique ó rey. Son morenos, andan desnudos. Si algun vestido traen, es de algodón y para tapar lo vergonzoso. Crian largo cabello, y tréznanselo muy bien sobre la frente. Son grandes pescadores; y así, el pescado es casi su principal manjar; bien que tienen mucho maíz para pan, y muchas frutas y buenas. Tienen tambien mucha miel, aunque agra un poco, y colmenares de á mil y mas colmenas, algo chicas. No sabian alumbrarse con la cera. Mostráronse los nuestros, y quedaron espantados y contentos. Hay unos perros, rostro de raposo, que casttran y ceban para comer; no ladran. Con pocos dellos hacen casta las hembras. Como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos, crianse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres, aunque pequeñas; de lo cual todo mataron en cantidad nuestros españoles con ballestas y escopetas, y con los perros y lebreles que llevaban; y sin la que comieron fresca, cecinaron y curaron al sol mucha carne. Retájanse, son idólatras, sacrifican niños, mas pocos, y muchas veces perros en su lugar. En lo demás, gente pobre es, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa creencia.

La religion de Acuzamil.

El templo es como torre cuadrada, ancha del pié y con gradas al derredor; derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas ó ventanas con sus antepechos ó corredores. En aquello hueco que parece capilla, asientan ó pintan sus dioses. Tal era el que estaba á la marina, en el cual habia un extraño ídolo y muy diverso de los demás, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hueco, hecho de barro y cocido, pegado á la pared con cal, á las espaldas de la cual habia una como sacristía, donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenian una

puerta secreta y chica, hecha en la pared en par del ídolo. Por allí entraba uno dellos, embistiase en el bulto, hablaba y respondia á los que venian en devocion y con demandas. Con este engaño creian los simples hombres cuanto su dios les decia; al cual honraban mucho más que á los otros, con sabumerios muy buenos, hechos como pibetes ó de copal, que es como incienso; con ofrendas de pan y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros, y aun á las veces de hombres. A causa de este oráculo é ídolo, venian á esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera, de léjos tierras, y por eso habia tantos templos y capillas. Al pié de aquella mesma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, en medio del cual habia una cruz de cal tan alta como diez palmos, á la cual tenian y adoraban por dios de la lluvia, porque cuando no llovía y habia falta de agua, iban á ella en procesion y muy devotos; ofrescianle codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojo que con ellos tenia ó mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban tambien cierta resina á manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenian por cierto que luego llovía. Tal era la religion destes acuzamilanos, y no se pudo saber dónde ni cómo tomaron devocion con aquel dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna parte de Indias, que se haya en ella predicado el Evangelio, como mas largamente se dirá en otro lugar, hasta nuestros tiempos y nuestros españoles. Estos de Acuzamil acataron mucho de allí adelante la cruz, como quien estaba hecho á tal señal.

Del pece tiburón.

Mes y medio gastó Cortés en lo que tenemos dicho hasta agora, después que dejó á Cuba. Partióse Cortés desta isla, dejando á los naturales della muy amigos de españoles; y tomando mucha cera y miel que le dieron, pasó á Yucatan, y fué pegado á tierra para buscar el navío que le faltaba, y cuando llegó á la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y estúvose allí dos días esperando viento; en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazos. No le pudieron subir al navío porque daba mucho lado, que era chico y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en la agua y le hicieron pedazos, y así le metieron dentro en el batel, y de allí en el navío, con los aparejos de guindar. Halláronle dentro mas de quinientas raciocines de tocino, en que, á lo que dicen, habia diez tocinos que estaban á desalar colgadas al rededor de los navíos; y como el tiburón es tragon, que por eso algunos le llaman liguron, y como balló aquel aparejo, pudo engullir á su placer. Tambien se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la nao de Redro de Albarado, y tres zapatos desechados, y mas un queso. Esto afirman de aquel tiburón; y cierto él traga tan desafortadamente, que parece increíble; porque yo he oido jurar á Dios á personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro dellos cosas, que si no las vieran, las tuvieran por imposibles; como decir que un tiburón se traga uno, y dos, y mas pellejos de carneros con la cabe-